

**RENOVACIÓN EN EL ESPÍRITU SANTO
DÉCIMA PEREGRINACIÓN NACIONAL DE LAS FAMILIAS
PARA LA FAMILIA**

S. MISA

16 septiembre 2017, 19.00 horas – Santuario de Pompeya

HOMILIA

(XXIV Domingo del Tiempo Ordinario Sir 27,30-28,7; Rm 14,7-9; Mt 18,21-35)

Queridos hermanos y hermanas, queridísimas familias:

tenemos la alegría de recibir a Jesús, ahora en la Eucaristía, al final de esta peregrinación de las familias. Su Palabra ha resonado en medio de nosotros, y nos ha hablado del perdón. Vosotros sabéis mejor que yo cuán necesario es el perdón en la vida matrimonial, así como en el ambiente familiar: entre padres e hijos, hermanos y hermanas y entre parientes. Sin el perdón ¡la familia no sobrevivirá por mucho tiempo! Sin el perdón la atmosfera familiar muy pronto “se contamina” con los venenos de los resentimientos, de las venganzas, de las represalias, del odio y se vuelve irrespirable, haciendo que la vida cotidiana sea dolorosa e insostenible. De hecho, en todas las relaciones humanas, incluso en las relaciones con las personas que amamos y estimamos, terminamos, más o menos conscientemente, por herir a nuestro prójimo y por herirnos a nosotros mismos a causa de ello. ¡Es inevitable! La convivencia cotidiana causa roces, malentendidos y enfrentamientos. El responsable de todo esto es nuestro egoísmo, nuestra falta de humildad, la falta de atención y de paciencia, y en determinados casos, simplemente, el cansancio. De ahí la necesidad de perdonar las ofensas del hermano que “peca contra mí”, incluso sin quererlo, “hasta setenta veces siete”, es decir, no ocasionalmente, o de vez en cuando, sino continuamente, una y otra vez. Esto vale sobre todo para las relaciones de los cónyuges. Os aconsejo que meditéis sobre las profundas enseñanzas de *Amoris Laetitia* dedicadas al perdón. Hago referencia a algunas de estas enseñanzas.

El Papa Francisco nos enseña en primer lugar que el perdón entre los esposos “se fundamenta en una actitud positiva, que intenta comprender la debilidad ajena y trata de buscarle excusas a la otra persona, como Jesús cuando dijo: «Padre,

perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lc 23,34)” (AL 105). Por lo tanto, es importante acostumbrarse a no presuponer siempre “malas intenciones” en el cónyuge y a “no volverse crueles ante cualquier error ajeno”, de lo contrario la justa reivindicación de los propios derechos ante las pequeñas o grandes injusticias sufridas “se convierte en una persistente y constante sed de venganza” (ibíd.).

En segundo lugar, la capacidad de perdonar presupone la experiencia de haber sido perdonados por Dios, como nos muestra muy claramente la parábola de la que Jesús nos habla en el evangelio de hoy. Las deudas que el Señor nos ha perdonado en la vida son infinitamente mayores que las que podamos perdonar a los demás. Nuestras faltas para con Dios, infinitamente bueno y generoso con nosotros, ni siquiera son comparables a los males que hemos sufrido a causa de otros, y de los cuales a menudo somos, al menos en parte, corresponsables. El Papa dice: “Fuimos alcanzados por un amor previo a toda obra nuestra, que siempre da una nueva oportunidad, promueve y estimula. Si aceptamos que el amor de Dios es incondicional, que el cariño del Padre no se debe comprar ni pagar, entonces podremos amar más allá de todo, perdonar a los demás aun cuando hayan sido injustos con nosotros” (AL 108).

El Papa también añade otro elemento de carácter más psicológico y personal, podríamos decir, pero igualmente importante. Es decir, la experiencia liberadora de comprender y perdonarse a uno mismo: “Tantas veces nuestros errores, o la mirada crítica de las personas que amamos, nos han llevado a perder el cariño hacia nosotros mismos. Eso hace que terminemos guardándonos de los otros, escapando del afecto, llenándonos de temores en las relaciones interpersonales. Entonces, poder culpar a otros se convierte en un falso alivio. Hace falta orar con la propia historia, aceptarse a sí mismo, saber convivir con las propias limitaciones, e incluso perdonarse, para poder tener esa misma actitud con los demás” (AL 107).

Sin embargo, el Papa reconoce que el perdón en la vida matrimonial no es nada fácil, y afirma que: “Exige, en efecto, una pronta y generosa disponibilidad de todos y cada uno a la comprensión, a la tolerancia, al perdón, a la reconciliación”. Y,

podemos añadir, también requiere un don especial de la gracia que hemos de pedir en la oración. A menudo nuestras solas fuerzas no son suficientes, Dios tiene que tocar nuestro corazón con su gracia para hacernos capaces de perdonar.

Queridos hermanos, pidamos también nosotros la ayuda del Señor en esta Santa Misa para perdonarnos de corazón en nuestras familias, para que podamos volver a empezar siempre con un corazón libre, sin detenernos en las ofensas recibidas incluso en los casos más graves y humillantes. No permitáis que nada haga disminuir el gozo de caminar juntos como esposos y como familias. Una gran tarea, en efecto, espera a cada familia cristiana en estos tiempos. ¡La tarea de ser un lugar de esperanza! Un lugar donde, ante el cinismo y la desesperación de muchos, se manifieste que todavía existe el amor desinteresado, la generosidad, el altruismo, la benevolencia y el cuidado de los más débiles. Un lugar donde los jóvenes puedan recibir una formación saludable y serena que los prepare a la vida. Un lugar en el que la fe se viva y transmita de una manera sencilla y auténtica. Donde los ancianos sean escuchados y respetados. Donde se aprenda la fatiga y la profunda satisfacción de hacer bien su propio trabajo como una contribución al bien de todos. Donde se aprenda la sinceridad en las relaciones con los demás. Donde cada nueva vida sea acogida con alegría y respetada en todas sus fases, aun cuando está marcada por el límite y la enfermedad. ¡Todo esto es una familia cristiana!

Queridas familias, en este lugar tan emblemático de la devoción mariana, os invito a todos a que elevéis vuestra oración a María, nuestra Madre, para que ayude a todas las familias del mundo, y especialmente a las que viven aquí en Italia, para que nunca descuiden su misión de ser pequeñas iglesias domesticas, cenáculos del Espíritu Santo e imágenes vivas de Dios, comunión de personas. Pidamos la intercesión de la Virgen María, para que también en la cultura y en las instituciones civiles, nunca se ponga en peligro la armonía y la solidez del matrimonio cristiano y de la familia, promoviendo valores o leyes injustas y contrarias a la autentica dignidad humana; sino que por el contrario cada vez se comprenda mejor que la

supervivencia y el bienestar de la familia están relacionados con el bienestar y la supervivencia de toda la sociedad.

Que el Señor bendiga siempre a todas vuestras familias. Amén